

BREVE NOTICIA SOBRE ALBERTO ROMERO

Por NICOMEDES GUZMAN

En 1918 apareció en Santiago un libro prologado en forma muy abierta y franca por Mariano Latorre, que llevaba también, una ilustración lírica de Préndez Saldías. Era un libro simple, como un diario, que nos hablaba de existencias grises, fatales, llenas de pesadumbre. El título daba ya idea de su contenido: "Memorias de un hombre amargado". Si se preocupó o no de él la crítica, no tiene importancia. El hecho es que destacó un nombre nuevo en nuestras letras: Alberto Romero. Luego, el libro y su mensaje de angustiosas vidas se quedaron atrás a la espera del otoño y del olvido. Pero el nombre del escritor siguió golpeando la atención a través de crónicas y relatos en las páginas de "Zig-Zag" y otras publicaciones.

Tarea constante y tenaz de un consciente compañero de la pluma y las cuartillas era aquella. Trabajo concentrado y metódico de un observador de certera pupila. Esfuerzo rectamente encauzado. Tras un destino de superación. Y! por ahí se divisaba, de pronto, caminando a lentos pasos, por calle Morandé o Teatinos, a quien alentaba esta tarea, a quien impulsaba este trabajo, a quien ponía en función este esfuerzo. Más alto que bajo, el rostro pálido, meditativo, reflejo, acaso, de un mundo interno atormentado por la aventura de su propio descubrimiento, la mirada vaga, Alberto Romero conducía el amargo fardo espiritual de sus personajes.

Había nacido en Santiago en 1896. Estudió humanidades en el Colegio de los Padres Franciscanos. Dejó el colegio en 1914 para ingresar a la Caja de Crédito Hipotecario. Luego va a Buenos Aires en misión diplomática y cultural, poco después de haber publicado su primer libro. En la capital hermana funda y dirige la "Revista de Chile", publicación que no ha sido superada hasta ahora en interés y novedad y que, según los entendidos, ha sido la mejor de cuantas publicaciones chilenas se han hecho en esa metrópoli. Vuelto a Chile, Romero entrega al público "Buenos Aires Espiritual", fruto de sus observaciones y experiencias durante su estada en aquella ciudad.

La gran ciudad, difícil en la entrega de sus intimidades humanas, mezquina para mostrar la integridad de su corazón cosmopolita, acaso obligara a Romero a afinar su agudeza de observador, característica que ya le era un arma propia en su lucha de escritor. Acaso su sensibilidad entrenada en nuevos

y ásperos medios, en distintas realidades, frente a torvos obstáculos, le hizo, de vuelta a nuestra tierra, sentir y apreciar de un modo más exacto, y más a tono con él mismo, el detalle y la verdad de nuestra vida popular. El caso es que, de nuevo entre nosotros, el novelista inna-

que, de humano y corriente, nos parece extraño, es la protesta ronca del eterno desambientado que pecha inútilmente tras el encuentro de un sitio para sus sueños. Es el gemido del que olvidó el esfuerzo al borde de cada exigencia de la vida. Ya antes, en su novela corta "Un

la obra de nuestro novelista. Es él, el que le proporciona vibración humana, y sabor y sensación de vida. Pero hemos logrado el hallazgo de una nueva veta, desconocida casi en su pasado de escritor: lo puramente nacional se incorpora a sus creaciones, lo criollo arrabalero, todo aquello que tenga hilación con la existencia del pueblo, se aviva bajo la agilidad precisa de su pluma, la realidad humilde comienza a hacerse aguafuerte en sus páginas palpitantes. Hay miseria y dolor en las existencias chilenas de Romero. Miseria y dolor que son el reflejo y la consecuencia de un medio en que fatalmente el espíritu pierde sus alas. No hay en "La viuda del conventillo" la palabra que comprometa políticamente al novelista. Y sin embargo, el sentido crítico que alienta en su expresión, enclava su obra en los dominios sociales. Lo chileno existe, vive y late. Y en el fondo de todo lo chileno se revuelve el humo del fatalismo. La realidad es tremenda. Y no obstante ella y no obstante el fatalismo, hay un pueblo que espera. Sí, que espera todo de las promesas, y que nada espera de sí mismo. Falta conciencia y fe individual. Y la novela cumple ya una función social cuando revela todo esto. "La viuda del conventillo" de Romero, por lo que tiene de verdad, es justamente una de las más auténticas novelas aparecidas en este último tiempo, y coloca a su autor en un situual de alta responsabilidad literaria. El escritor responde a este compromiso con una nueva obra, publicada en 1935, "La mala estrella de Peruchito González". Más fuerte, más definida en cuanto a contenido, vigorosa, con altos acentos de audacia, la última novela de Romero está sostenida por vértebras de pura cal social. El triste espectáculo de una infancia abandonada, los bajos fondos de Santiago, el hampa, adquieren bajo el toque del novelista la fisonomía de un curioso infierno, perdido en el humo que espesan las noches arrabaleras o tras las brumas del alcohol, crepitante de lujuria y de crimen.

Descriptor fiel de la vida, leal camarada de la verdad, la novela de Chile tiene hoy en Alberto Romero uno de sus más firmes pilares.

N. G.



Alberto Romero
(Carboncillo de Emilio Alvarez).

to y verdadero que existe en Romero, comenzó a mostrar la pura sangre de sus venas artísticas. Publica "Soliloquios de un hombre extraviado", libro deprimente, amargo, desalentador. El alma de un ex hombre se desnuda ante los ojos expectantes, y en ella sólo caben las atroces profundidades de una muerte que se acerca a paso de siglos. Psicólogo de alta calidad, Romero sitúa a su personaje en un hondo mundo de cuerpo adentro, de atormentada humanidad observada desde sus más lejanos estratos, y allí giran los difusos paisajes, y los complejos, y los sufrimientos.

Más tarde, Romero nos exhibe una vez más un pueblo de oscuridades y amarguras en "La tragedia de Miguel Orozco". Novela ésta de un pesimismo

infeliz", había mostrado un jirón de vida desvalida y desprovista de brazos espirituales para la lucha. Hasta aquí, los hombres de Romero son unos crucificados en medio de todas las brumas, y no hay salvación para ellos. No saben otra cosa que caminar a un destino de desesperanza y fatalismo. La cierta intuición del novelista está cumpliendo con la interpretación de una lamentable característica psicológica nacional.

Este clima de amargura y derrotismo no desaparece nunca de